

Perfil histórico de Sahagún

Bien sabido es que fray Bernardino de Sahagún consagró su larga vida a comprender la cultura y de modo especial la visión del mundo de las gentes de lengua náhuatl, así como la idea que tenían ellos de sí mismos y de sus vecinos mesoamericanos. Su obra es como una *summa* en la que se guarda la palabra del México antiguo, una de las altas culturas que el hombre ha creado a lo largo de la historia.

He aquí la razón principal por la cual la figura de Sahagún ha sido objeto de numerosos estudios, desde que, en el siglo pasado, se descubrió y empezó a editar su obra. De entonces acá se ha elaborado y consolidado una rica historiografía sahanista. Filólogos, historiadores, y, en menor grado lingüistas han ahondado en el estudio de los trabajos del franciscano, en las crónicas de sus hermanos de orden, en documentos de todo tipo con objeto de esclarecer los pasajes oscuros de la vida y los escritos del hombre que realizó una tarea antropológica singular, quizá única en el ámbito de la cultura occidental.

La primera imagen de Sahagún

A cuatro siglos de su muerte, en 1590, una pregunta nos viene a la mente: ¿cuál es la imagen que, durante todo este tiempo, se ha ido forjando de su figura? ¿Qué significado tiene para nosotros, historiadores, filólogos, lingüistas, etnólogos, humanistas en sentido amplio, la obra de aquel misionero autor de la gran enciclopedia sobre la naturaleza, lo divino y lo humano de una alta cultura del Nuevo Mundo?

Una respuesta sencilla nos llevaría a reconocer una imagen doble e inconclusa. Doble porque tenemos la imagen que él mismo nos ha dejado desperdigada en multitud de datos en sus propios escritos. Y tenemos además la que nos han ido dibujando los estudiosos sahanistas, imagen que se ha ido enriqueciendo a través del tiempo y que desde luego queda abierta al futuro.

Es posible reconocer un Sahagún en el propio Sahagún. Si reunimos los datos que nos ha dejado en los doce libros de la *Historia General*, encontramos muchos elementos que nos indican sus inquietudes y preocupaciones por la vida de los naturales recién conversos. Son notas que nos muestran a un Sahagún metido en una gran tarea por "santa obediencia", reuniendo las cosas "divinas o por mejor decir idolátricas",

enamorado de las "antiguallas comparables a las de griegos y romanos", atraído por el estudio de los "primores de la lengua... en la que se guarda la retórica, la filosofía moral y la teología de la gente mexicana".

Él mismo nos ofrece también elementos bastantes para reconstruir las etapas de su vida, la elaboración de los traslados de su obra, en la que se refleja su espíritu perfeccionista, sus luchas dentro y fuera de la orden para que no se perdieran los manuscritos que hoy forman la *Historia General*. En una palabra, la imagen que Sahagún nos da de sí mismo es la de un hombre infatigable, lleno de celo evangélico —recordemos el prólogo al libro I en el que justifica su estudio de las idolatrías— y la de un historiador, enamorado de las gentes mesoamericanas, a las cuales él calificaba como de "muchos quilates, que incluso en cosas de policía y buen gobierno, echan el pie delante a los españoles".

La otra imagen de Sahagún, elaborada desde fuera, ha sido fruto de siglos de meditación y estudio de su obra. Vale la pena recordar que, a diferencia de otros grandes hombres, Sahagún no tuvo ningún biógrafo en su época. Justo es, sin embargo, reconocer que, al ser tan grande, dejó vivo recuerdo. Su memoria de franciscano distinguido ha tenido siempre presencia. Primero entre sus hermanos de orden Jerónimo de Mendieta, Juan de Torquemada y Agustín de Vetancurt. Coinciden ellos en destacar que fue:

Muy macizo cristiano... manso, humilde, pobre, y, en su conversación, avisado y afable a todos... amó mucho el recogimiento... se ocupó sesenta y un años en predicar, confesar, doctrinar y mejorar el Colegio de Santa Cruz, a enseñar latinidad y buenas costumbres.¹

También los eruditos y bibliógrafos de los siglos XVII y XVIII lo alaban como escritor de obras en lenguas indígenas. Sirvan como ejemplos las citas de Antonio de León Pinelo, Lucas Wadding, Juan José de Eguiara y Eguren, Francisco Javier Clavijero y Ángel María Bandini. Unos y otros, es de-

¹ Fray Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*. La publica por primera vez Joaquín García Icazbalceta, México, Antigua librería Portal de los Agustinos, 1870, p. 551.

cir, cronistas y bibliógrafos, prepararon el terreno para los grandes estudios históricos que se llevaron a cabo en los siglos XIX y XX.

Sahagún visto por los mexicanistas del siglo XIX

Fue a mediados del siglo pasado cuando, entre los historiadores mexicanistas, la imagen de Sahagún empezó a ser mejor perfilada. Desde entonces hasta ahora el valor de su personalidad y el significado de su obra en el contexto americano y aun universal se enriquecen más y más, a tal grado que este Sahagún, que vemos reflejado en el espejo de los sahanunistas, es una de las más atrayentes figuras dentro de los estudios americanistas. Precursores de este despertar de los estudios sahanunistas son dos historiadores famosos, quienes por vez primera editaron la *Historia general de las cosas de Nueva España*. Sus nombres nos son familiares, Carlos María de Bustamante en México y Sir Edward King, vizconde de Kingsbourn en Inglaterra. Ambos, al publicar la *Historia general*, pusieron en las manos del mundo académico los materiales para que otros redactaran las primeras biografías del franciscano.

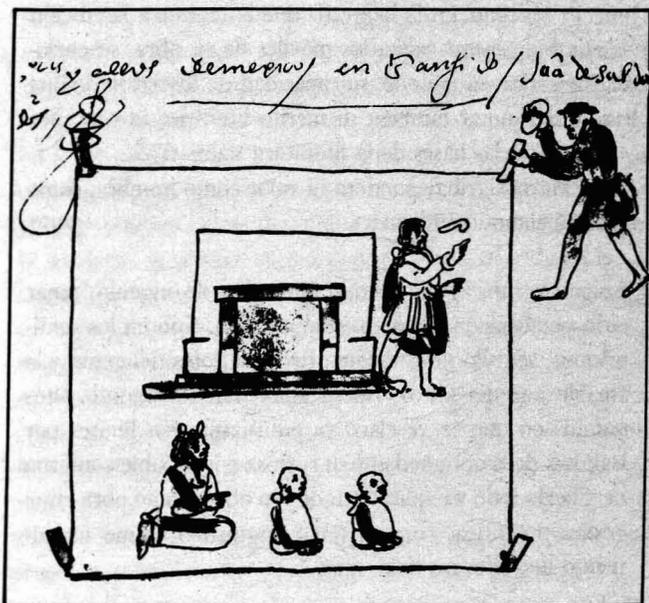
Pronto llegaron estos "otros". Fueron los que en la segunda mitad del siglo XIX se lanzaron a la búsqueda de las raíces del pasado mexicano y consolidaron un verdadero Renacimiento mexicanista. En este contexto la obra de Sahagún fue considerada el manantial más genuino para el conocimiento del México antiguo. Hombres como José Fernando Ramírez, Alfredo Chavero y sobre todo Joaquín García Icazbalceta y Francisco del Paso y Troncoso, dedicaron gran parte de su tiempo a esclarecer la vida y los escritos del franciscano; interés a ellos delinear la personalidad de Sahagún, su carácter, sus motivaciones, trabajos y logros; la redacción de sus manuscritos y sus diversos traslados, como correspondía a un espíritu perfeccionista, y establecer una relación entre lo que escribió y lo que conocemos, tarea nada fácil. Dentro de este contexto tenemos dos aportaciones magistrales. *Las cartas de Francisco del Paso y Troncoso* escritas en 1884 y 1885 y publicadas casi un siglo después, en 1982, y la clásica "Biografía de Sahagún" de García Icazbalceta, incluida en su *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, 1886.

Estos cuatro sahanunistas perfilaron poco a poco una imagen del franciscano en la que encontramos elementos firmes, matices sutiles que nos revelan una personalidad rica en cualidades. Destacan ellos su figura como la del investigador por excelencia del México antiguo, de la cultura de los vencidos, dotado de tres grandes dimensiones; pastoral, académica y humana. Lo dibujan como el misionero entregado a su quehacer con gran celo evangélico, ensimismado en la tarea de recopilar un tesoro inagotable de datos del mundo mesoamericano, innovador de un método etnográfico, autor de una obra única lingüístico-antropológica. Un Sahagún humanizado, incansable en su búsqueda de la vida y de la historia de los pueblos nahuas, sorteando toda clase de escollos provenientes de dentro y fuera de su orden, manso y humilde, aunque dueño, en todo momento, de voluntad y fortaleza para realizar su vocación en un medio a veces muy hostil, en lucha con los que él

llamaba "sus émulos". Recordemos, como ejemplo, algunos juicios a modo de paradigmas. He aquí el de Alfredo Chavero:

No fue el fraile fanático que quiso convertir a los indios con la espada y la hoguera, fue el padre amoroso de los vencidos, el civilizador de los hijos de Anáhuac. El guardó, como rico tesoro, su lengua y su historia.²

García Icazbalceta termina su trabajo calificándole de "figura venerable de nuestra historia... lustre de España, que le vio nacer y gloria de México a quien dio la mayor y mejor parte de su vida. Eterna debe ser su memoria y, para nosotros, siempre grata".³



Por su parte Paso y Troncoso, a lo largo de sus *Cartas* destaca sus "merecimientos y servicios dentro de la orden", su alma "de misionero incansable", su celo religioso, sencillez y "humildad, bondad de su alma, energía de su carácter", su "sagacidad e inteligencia".⁴

En verdad estas cuatro figuras del Renacimiento mexicanistas nos dejaron mucha luz en el conocimiento de la personalidad del franciscano y de su obra. Nosotros en el siglo XX los somos deudores de habernos dejado abierto un camino a Sahagún y al México antiguo dentro de un espíritu de humanismo.

La imagen de Sahagún en el siglo XX

El trasfondo histórico que nos legaron los sahanunistas del siglo XIX fue el estímulo más adecuado para proseguir las

² Alfredo Chavero, "Apuntes sobre bibliografía mexicana. Sahagún", *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, 1882, t. VI, p. 41.

³ Joaquín García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana del siglo XVI. Catálogo razonado de libros impresos en México de 1539 o 1600*. Edición preparada por Agustín Millares Carlo, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 375.

⁴ Francisco del Paso y Troncoso, "La obra de Sahagún. Otra carta inédita de Francisco del Paso y Troncoso", *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, 1983, v. 16, pp. 250, 271, 273 y 284.

tareas de búsqueda, de conocimiento de la vida de Sahagún y de sus escritos. De hecho, durante los primeros años de nuestra centuria, fueron dos estudiosos del siglo XIX los que acometieron las mayores empresas en relación con la obra de Sahagún, Paso y Troncoso y Eduard Selser. Ambos dieron a conocer importantes textos sahuaguntinos en náhuatl conservados en los códices de Madrid y de Florencia.

A mediados de nuestro siglo una nueva generación de especialistas en la obra de Sahagún hizo suya la tarea de profundizar en la vida del franciscano, de enriquecer su imagen. Es la generación de Wigberto Jiménez Moreno, Ángel María Garibay, Luis Nicolau d'Olwer en México; de Charles Dibble y Arthur Anderson en los Estados Unidos. Veamos algunas de sus opiniones.

Jiménez Moreno, en la biografía que antepone a la edición de la *Historia general* exalta los móviles de su obra, su curiosidad lingüística, su método, su capacidad de disección de una cultura. Hace notar también su mérito literario, lo cual, nos dice, "propició las bases de la literatura náhuatl".⁵

Ángel María Garibay pondera su valor como hombre, como religioso y como investigador:

Insigne varón, agudo, penetrante, vivo de ingenio, tenaz en la persecución del dato, comprensivo, fino en los sentimientos, sencillo de corazón... tuvo las dotes del genio y la amable paz del santo. De su alma dan testimonio estos escritos en que se ve claro su entusiasmo sin límites por las cosas de la antigüedad y su curiosa e insaciable comezón de saberlo todo y explicarlo todo. Su obra, como obra etnográfica, histórica, como arsenal lingüístico, como monumento literario, no tiene igual.⁶

Y, al valorar la figura del franciscano en un contexto universal afirma:

Ideó y llevó a cabo... la primera descripción sistemática y científicamente recogida que conocemos acerca de pueblo alguno... En el tesoro dejado por fray Bernardino de Sahagún se dan la mano el genio de Occidente, representado por su dirección, y el alma mexicana, dando en su propia lengua todo lo que sabía de sí misma.⁷

Igualmente bellos son los juicios estimativos que nos ha dejado Nicolau d'Olwer en su clásica y siempre leída biografía de Sahagún.⁸ En ella pondera sus cualidades humanas y académicas, su paciencia de buscador, su dedicación profunda a la cultura de los vencidos. Resalta su capacidad de objetividad en particular al relatar sucesos escabrosos como la Conquista,

⁵ Wigberto Jiménez Moreno, "Prólogo" a la *Historia general de las cosas de Nueva España*, México, Editorial Pedro Robredo, v. I, p. XVI.

⁶ Ángel María Garibay, "Proemio" a la *Historia general de las cosas de Nueva España*, México, Editorial Porrúa, 1956, t. I, pp. 20, 22 y 23.

⁷ Ángel María Garibay, "Fray Bernardino de Sahagún. Relación de los textos que no aprovechó en su obra", *Aportaciones a la investigación folklórica de México*, México, Imprenta Universitaria, 1953, pp. 7 y 32.

⁸ Luis Nicolau d'Olwer, *Historiadores de América. Fray Bernardino de Sahagún*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1952, p. 49.

y, concluye, que el franciscano de Sahagún de Campos está "exento de todo prejuicio de raza, de patria o de cultura, para quien sólo cuentan Dios y la verdad".

Charles E. Dibble y Arthur J. O. Anderson, los grandes filólogos traductores del *Códice Florentino*, nos ha dejado muchos testimonios de admiración a la persona y obra de Sahagún. Como muestra recordaré, respecto de Dibble, su trabajo "The Nahuatlization of Christianity",⁹ en el que destaca, entre otras facetas, su capacidad para formar colaboradores, lo cual posibilitó la redacción de la *Historia General*, y sobre todo su aceptación de la cultura mesoamericana, "verdadero motor de su obra y principio de un mestizaje espiritual". Por su parte, Anderson en su trabajo, titulado "Sahagún in His Times",¹⁰ lo reconoce como pionero de la etnografía americana, gran animador de la obra de Tlatelolco, indigenista y realizador de una tarea pastoral de gran dimensión.

Más cerca de nosotros un grupo de sahuaguntistas de diversas nacionalidades, al estudiar la obra del franciscano ha aportado nuevos rasgos que enriquecen su personalidad. Podemos recordar aquí los nombres de Howard H. Cline, Munro S. Edmonson, Georges Baudot, Manuel Ballesteros, Henry Nicholson, John Keber y Gordon Whittaker.

Howard F. Cline, en su estudio "Bernardino de Sahagún, 1499-1590", valora su obra en un contexto renacentista. Piensa él que, además de poseer el don de la caridad cristiana, y del amor y filantropía hacia los indígenas, poseyó un espíritu de universalidad. Veamos sus palabras:

Antes que ser un súbdito de Carlos I o Felipe II era miembro de una sociedad universal, la república cristiana. Su empresa fue convertir, no asimilar. Para él las culturas indias no eran inferiores en nada substancial y en algunos puntos incluso superiores a las europeas.¹¹

Su colega Munro S. Edmonson, editor del volumen de estudios sahuaguntinos titulado *Sixteenth Century Mexico. The work of Sahagún*, considera que la obra del franciscano "no tuvo paralelo en su tiempo ni en ningún tiempo... nosotros la valoramos como la de un etnógrafo, lingüista, folclorista, humanista del Renacimiento, historiador e indigenista".¹² En ese mismo volumen, Georges Baudot, al historiar los últimos años, "The Last Years of Fray Bernardino de Sahagún", nos lo presenta como paladín del espíritu milenarista de los franciscanos, consagrado al logro de la utopía espiritual que los Hermanos Menores intentaron crear en el Nuevo Mundo.

En 1973 Manuel Ballesteros, profesor de la Universidad de Madrid, sacó a la luz una nueva biografía de nuestro franciscano, titulada *Vida y obra de fray Bernardino de Sahagún*.¹³

⁹ Incluido en *Sixteenth Century Mexico. The work of Sahagún*, editado por Munro S. Edmonson, Albuquerque University of New Mexico Press, 1973.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Howard F. Cline y Luis Nicolau d'Olwer, "Bernardino de Sahagún, 1499-1590", *Handbook of Middle American Indians*, Texas University Press, v. 13, part. 2, p. 207.

¹² Munro S. Edmonson, "Introduction", p. 1 y 9.

¹³ Publicada por la "Institución Fray Bernardino de Sahagún", de León, en 1973.

Pondera el autor la magnitud de su obra en un momento histórico tan difícil como fue el siglo XVI, cuando dos mundos entran en violento contacto.

Muy pertinentes me parecen algunas opiniones de sahuagunistas expresadas en una publicación reciente, *The Work of Bernardino de Sahagún. Pioneer Ethnographer of Sixteenth Century of Mexico*. Uno de los editores, H. H. Nicholson, afirma que fue el "hombre que consagró más de dos tercios de su vida al mundo que emergió sobre la sangre y el fuego de la Conquista, a comprenderlo y a transformarlo".¹⁴

Para John Keber, Sahagún, además de mostrar respeto y reverencia por los aztecas, "fue el hombre que supo arriesgarse para comprender y aceptar al otro".¹⁵ Por su parte,



Gordon Whittaker, reconoce su obra como "fuente de riqueza inapreciable para comprender la lengua y la literatura de los pueblos nahuas".¹⁶

Terminaré estas breves consideraciones acerca de la imagen de Sahagún con las opiniones de tres investigadores mexicanos: José Luis Martínez, Miguel León-Portilla y Luis Villoro. El primero de ellos, que en 1981 publicó una versión arreglada de la *Historia General* con el nombre de *El México Antiguo*, considera al franciscano como el historiador y el etnólogo por excelencia del mundo mesoamericano y define su obra como una "vieja catedral, enorme y múltiple, completa y secreta, desigual e inagotable".¹⁷

Miguel León-Portilla en su reciente biografía *Bernardino de Sahagún*, destaca muchas facetas de la personalidad del franciscano, como su capacidad de rescatar el punto de vista de los otros, lo que él ha llamado "visión de los vencidos". Pone de relieve también su espíritu perfeccionista, lo que nos muestra, dice León-Portilla, "un Sahagún plenamente convencido de la significación trascendente de su obra. Ésta habrá de perdurar como antorcha que alumbrará y se pasa de unas manos a otras

¹⁴ H. B. Nicholson, "Recent Sahaguntine Studies: a Review", p. 30.

¹⁵ John Keber, "Sahagún and Hermeneutics", pp. 53 y 63.

¹⁶ Gordon Whittaker, "Aztec Dialectology and the nahuatl of the Friars", p. 339.

¹⁷ José Luis Martínez, *El México antiguo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1981, p. LXXXVII.

para mostrar el camino a muchos". Termina León-Portilla con una síntesis de sus cualidades como hombre y como sabio:

Maestro infatigable, pobre en bienes materiales, de natural manso y humilde pero que más de una vez hizo suyo el clamor de los profetas para defender a los indios, Bernardino de Sahagún dejó a México y al mundo un rico legado de cultura. Su presencia y su trabajo en tierras mexicanas son perenne testimonio de lo mejor del humanismo español renacentista. Su legado siendo nuestro, es también universal.¹⁸

Luis Villoro, quien desde joven fue atraído por la personalidad de fray Bernardino, le dedicó un capítulo de su conocido libro *Los grandes momentos del indigenismo en México*, publicado en 1950. Para Villoro, Sahagún encarna el primer momento de conciencia indigenista dada su capacidad de crear los mecanismos apropiados para comprender y penetrar en el pensamiento del hombre americano. Años después, en su reciente ensayo *Sahagún or the limits of the Discovery of the Other* (1989), valora la figura del franciscano de Tlatelolco dentro de la moderna corriente historiográfica orientada a analizar la capacidad del ser humano de acercarse y comprender al otro. La llegada de los españoles a América, piensa Villoro, fue el momento en que, con mayor fuerza, se planteó la necesidad de reconocer a otro muy diferente, al "radical otro". En este contexto, en el que se lograron varios niveles de diálogo, Sahagún llegó a un nivel pocas veces alcanzado en la historia, al reconocer y aceptar al otro como igual y diferente a uno mismo. Supo él conjugar la ajena visión del mundo con la propia y el resultado, admirable, fue una "duplicación del mundo".¹⁹

Las opiniones aquí presentadas de algunos de los sahuagunistas más destacados nos perfilan una rica imagen de Sahagún. Resumiendo podemos ver en él al misionero infatigable dotado de mansedumbre y fortaleza, consagrado a la tarea de enseñar a los nahuas y aprender de ellos; al investigador lleno de asombro y entusiasmo metido en la búsqueda, siempre inconclusa, de ahondar en el significado de la vida y la historia de los pueblos nahuas. Y sobre todo, al humanista abierto que sale de sí mismo y penetra en los otros. Su tarea docente, su tarea evangélica, sus intereses culturales respondieron al empeño de su propia conciencia, que fuera de sí misma, se esforzó por adentrarse en la de los otros para entenderla. Fue precisamente este entendimiento lo que hizo posible un encuentro fructífero, un diálogo entre dos conciencias colectivas, entre dos ámbitos culturales, el humanismo renacentista y la sabiduría mesoamericana. Sahagún fue uno de los artifices del enlace de estas dos conciencias, hecho de gran trascendencia si lo miramos desde la perspectiva de la historia universal. A los cuatrocientos años de su muerte, podemos recordarlo como uno de los hombres que abrieron camino en la comprensión del universo de las culturas. ◊

¹⁸ Miguel León-Portilla, *Bernardino de Sahagún*, Madrid, Historia 16, 1987, pp. 148 y 151.

¹⁹ Luis Villoro, *Sahagún or the limits of the Discovery of the Other*, College Park, University of Maryland, 1989, p. 11.